

tes y la nave flotó á merced de las olas embravecidas.

Bajo el peso de estas reflexiones estaba abrumado el jóven rey, pero levantó la cabeza al escuchar cercanos pasos, y vió á un hombre con trage talar que se encaminaba hácia él. El monarca le salió al encuentro y abriendo sus brazos le dijo:

—Un abrazo, D. Juan Escoiquiz.

Escoiquiz abrazó á su discípulo y le contestó.

—Bien necesito, señor, esta nueva prueba del cariño que V. M. me tiene, para olvidar los tratamientos que me ha hecho sufrir el malvado príncipe de la Paz.

—Muchas pruebas tendrá V. de mi afecto: pero siéntese y hablaremos.

Escoiquiz no se hizo rogar y el monarca continuó.

—¿Cuándo ha llegado V?

—Ahora mismo.

—Mucho anhelaba su venida, para recibir sus consejos.

—Yo anhelaba tambien servir con lealtad á mi nuevo rey y aconsejar á mi discípulo.

—Hablemos, Escoiquiz, de negocios. ¿Sabe V. lo que ha sucedido desde que soy rey?

—No lo bastante para poder aconsejar.

—En primer lugar, he abolido algunos impuestos ruinosos.

—Me parece bien. Asi los pueblos recibirán al nuevo rey como á su amigo y bienhechor.

—En segundo, he dado un decreto confiscando todos los bienes del príncipe de la Paz.

—Magnífico.

—He mandado formar causa al príncipe, á su hermano Diego, al ministro de hacienda Soler, al corregidor de Madrid Marquina, al tesorero general Noriega, á Vigurí, á D. Miguel Sixto Espinosa, al fiscal del consejo Viegas, y al canónigo D. Pedro Estala: todos ellos, como V. sabe, amigos ó hechuras de Godoy.

—Ha obrado V. M. con sabiduría y en justicia.

—Tambien envié al duque del Parque á que recibiera á Murat.

—Muy bien hecho, señor, muy bien hecho.

—Y como el emperador de los franceses viene á visitarme á Madrid, han salido ya á recibirle los duques de Medinaceli y de Frias con el conde de Fernan-Nuñez.

—Este es, señor, el complemento de tan bien pensada política. *El emperador Napoleon es el mayor héroe de las edades*, y cuando esté V. M. enlazado con su familia, nada tendrá que temer, nada.

—Con todo, D. Juan, ahora tengo una queja de Napoleon.

—¡Una queja!

—Joaquin Murat no ha tenido la cortesía de visitarme, y el embajador de Francia Beauharnais, tan obsequioso en otro tiempo, ahora me trata con frialdad.

—El emperador no sabrá esa conducta incomprendible de su cuñado y del embajador de Francia.

—¿Y si la sabe?

—En ese caso convendrá así á los vastos planes del emperador de los franceses; planes ocultos para todos; porque él ha dicho muchas veces hablando de negocios árdulos: «*Tengo mi política peculiar.*» ¿Y cómo tratan los paisanos á los franceses?

—Hay de todo: los primeros dias los recibieron como á hermanos, pero los soldados franceses abusan, y ayer mismo hubo una reyerta en la plazuela de la Cebada que pudo costar mucha sangre.

—Es indispensable, señor, que los españoles se moderen.

—No me parece mal, Escoiquiz, que se moderasen los franceses. Y tengo muy fuertes razones. En primer lugar, los españoles estaban quietos en su casa sin llamar á huéspedes tan numerosos y por lo tanto algo importunos: y en

segundo, Napoleon para visitar á un aliado no necesitaba meter un ejército en Madrid, apoderarse de nuestras plazas, ni que un soldado suyo atravesase la frontera.

—La Inglaterra y el Portugal obligan á Napoleon á tener ejércitos en la península; y el tratado de Fontainebleau le autoriza...

—El emperador de los franceses ha infringido sin miramiento ese tratado.

—Pero el artículo...

—Escoiquiz, sé todo el tratado de memoria. Diga V. que Napoleon es mas poderoso que nosotros, y que nos vemos obligados á besar el yugo que nos pone y atascar el freno; pero no nos pinte de color de rosa un horizonte muy oscuro.

—Las palabras de V. M. no estan de acuerdo con sus obras.

—Estas palabras me las dice un loco de buen corazon, y me hacen obrar mis ministros.

—No dé crédito V. M. á las palabras de ese loco y arrójelo lejos de sí.

—No daré crédito á sus palabras, pero alejarlo de mí nunca. Ese loco, D. Juan de Escoiquiz, me ha elevado al trono.

—Señor.

—Ha estado V. por algun tiempo separado de los negocios, y no conoce muchos servicios que se han prestado á mi persona.

—Pero si esos mismos servidores dan á

V. M. consejos contrarios al bien del estado debe oírlos con prevención y no hacer ningún caso de ellos. V. M. debe afanarse para complacer enteramente al emperador de los franceses, y cultivar por todos medios la amistad de Napoleón.

—El loco, que tan bien me sirve, me ha repetido muchas veces, y sus palabras se han fijado profundamente en mi memoria: «V. M. ha nacido al pie del trono de cien reyes y no debe humillarse nunca ante el primero de la dinastía Napoleón. Si el emperador de los franceses tiene ejércitos en España, V. M. tiene un pueblo que se levantará compacto, como si fuera un solo hombre y sus águilas tan audaces caerán rotas entre las garras de nuestros rapantes leones. Ejército tenemos también, valiente si no numeroso: todo español nace soldado, porque nuestra sangre es todavía la de los valientes vengadores de la rota del Guadalete. Dé V. M. el grito y España responderá con voz tonante al llamamiento de su rey.» Estas palabras, Escoiquiz, suenan muy bien á mis oídos.

—Pero pueden tener, señor, fatalísimos resultados. Si llegasen á los oídos del emperador de los franceses, no protegería á V. M. y entonces nuestros enemigos....

—¿Nos harían la guerra?

—Si, señor.

—Entonces se alzaria el pais, como dice el loco.

—Señor....

La entrada de D. Pedro Cevallos cortó el discurso al arcediano, que se adelantó á recibirlo con muestras de cordialidad.

—¿Qué hay de bueno? preguntó el rey á su ministro.

—Vengo de ver ahora, señor, al gran duque de Berg y Claves.

—¿Y qué dice Joaquin Murat?

—Me ha manifestado deseo...

—¿De verme?

—No, señor, se escusa con que carece de instrucciones.

—¿Pues qué quiere?

—Quiere la espada del rey de Francia Francisco I.

—Murat ha perdido la cabeza. ¿No considera que esa espada es un señalado trofeo que recuerda á los españoles mas de medio siglo de combates y un reinado entero de gloria? ¿No recuerda Murat que esa espada es un monumento mas grande que la fábrica de Juan de Herrera? Pues si esta recuerda á S. Quintin aquella recuerda, Cevallos, el reinado de Carlos I. Dí al gran duque que es imposible condescender á su demanda.

—Pero señor, —No me repliques cada cual tiene sus manías y yo no quiero desprenderme de lo que ganaron mis mayores.

—Escúcheme V. M. y despues podrá resolver lo que juzgue mas conveniente. El gran duque de Berg solicita la espada de Francisco I en nombre del emperador.

—¡Es Napoleon quien la pide! exclamó Escoiquiz asustado.

—Sí, D. Juan, respondió el ministro.

—Pues decirle á Napoleon, exclamó el rey en un arranque de caballeresco entusiasmo, que la espada de Francisco I fué ganada por un rey de España y que un rey de España solamente puede llevarla con honor.

—V. M., repuso Escoiquiz, reflexionará maduramente, y no provocará un conflicto de muy difícil solucion.

—Nada reflexiono, D. Juan.

—Despues de algun tiempo...

—Señores me encuentro bastante cansado y necesito descansar; y sin añadir mas palabra se alejó, dejando en la estancia al arcediano y al ministro.

—Mucho ha cambiado mi pupilo desde que se sienta en el trono, dijo al ministro el arcediano.

—Tiene ratos de mal humor, pero muy

pronto se evaporan y haremos de él cuanto nos plazca.

—No le he visto nunca como hoy.

—En el palacio anda algun duende que le calienta los oídos.

—Es necesario descubrirlo.

—Tengo en ello grande interés. Y antes, don Juan, de separarnos quiero demostrarle mi alegría por verlo otra vez en la corte y lo mucho que sentí su confinamiento.

—Cevallos, los hombres deben olvidar hasta las pasadas ofensas, cuando la situación lo pide. V. no me ha ofendido nunca y soy su amigo.

—Bien, D. Juan. V. ejerce sobre el rey el influjo que se merecen sus talentos y sus virtudes, y por tanto reinará en su nombre, yo me contentaré con ser su ministro de estado.

—Convenido.

—¿Y nuestra amistad se fundará?...

—En una mútua confianza.

—Me parece buen fundamento.

Los cortesanos se estrecharon amistosamente las manos, pero pronto á disputarse el favor del jóven monarca.



CAPITULO IX.



El encuentro.

En tanto que los consejeros del jóven monarca de España, y particularmente Escoiquiz, trabajaban para cambiar la resolucion que habia tomado, y se repetian en secreto las palabras dignas y briosas de Fernando: los altos círculos de la córte se agitaban con una nueva, capaz de llamar la atencion de caballeros y de damas. Aunque eran tiempos de revueltas, no tenia parte la política y motivos mas agradables traian los ánimos inquietos. Las señoras tenian en vilo á sus modistas y pretendian los caballeros matar al sastre en una hora; para que fuese una verdad el antiguo adagio castellano. Los mas afa-

mados reposteros preparaban ricos manjares, y mas de un confitero hacia su buena fortuna ó su agosto. Pero como pequeñas causas suelen producir grandes efectos, sucedia que todo este bullicio era motivado únicamente por la voluntad de un solo hombre.

Se propuso el duque de M., noble y opulento magnate, reunir en sus vastos salones cuanto tenia entonces Madrid de mas opulento y mas ilustre. No se limitaba su ambicion al verse rodeado de españoles, queria que asistiesen á su casa los orgullosos generales de nuestro temible aliado, y hasta levantó su pensamiento al altivo gran duque de Berg. Murat acogió con fria política la invitacion del noble duque, ni negando ni concediendo; porque todo dependeria de sus muchas ocupaciones.

Esta respuesta algo evasiva, no la contó á nadie el noble duque, para que siguiese el entusiasmo que la presencia de Murat inspiraba entonces por do quier. El baile debia realizarse en la noche del 30 de marzo y el gran duque verdaderamente tenia que atender á muchas cosas. Su correspondencia con los reyes padres seguia cada vez mas activa, y todas las cartas de la reina eran acusaciones terribles contra la persona de su hijo.

Con fecha 27 de marzo escribia al gran duque de Berg.

«Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos  
 »y conviene que ignore todos nuestros pasos.  
 »Su carácter es falso: nada le afecta, es insen-  
 »sible y poco inclinado á la clemencia. Está di-  
 »rijido por hombres malos y hará todo por la  
 »ambicion que le domina; promete, pero no  
 »siempre cumple sus promesas (1).»

Y algunas líneas mas abajo añadía.

«El embajador es todo de mi hijo; lo cual  
 »me hace temblar, porque mi hijo no quiere al  
 »gran duque ni al emperador, sino solo el des-  
 »potismo (2).»

Y como si no fuesen bastantes las acusacio-  
 nes anteriores, ni hubieran empañado el brillo  
 del cetro real de las Españas remitió á Murat  
 esta nota, escrita de su propio puño.

«No quisiéramos ser importunos al gran  
 »duque. El rey me hace tomar la pluma para  
 »decir que considera útil que el gran duque  
 »escriba al emperador, insinuando que con-  
 »vendría que S. M. I. diese órdenes sosteni-  
 »das con la fuerza para que mi hijo ó el gobier-  
 »no nos dejen tranquilos al rey, á mí y al prínci-  
 »pe de la Paz hasta tanto que S. M. I. llegue. En  
 »fin el gran duque y el emperador sabrán to-  
 »mar las medidas necesarias para que se espere

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810. Memorias de Nellerito tomo 2.º.

(2) Idem.

»su arribo ú órdenes sin que antes seamos víctimas.—Luisa (1).»

A estas cartas siguieron otras mas humillantes si es posible, y que pintaban á Fernando con tales ó mas negros colores. Por ellas se ve que Murat no desperdiciaba los dias, y que podia muy bien disculparse con sus graves ocupaciones.

Llegó la noche del sarao y presentó el duque sus salones con oriental magnificencia, ó mas bien con la que distinguia la córte de Felipe IV, émula de la de Luis XIV en riqueza y galanteria. El mueblaje de los salones no dejaba nada que envidiar. Ricos sillones de damasco y cortinages de lo mismo, magníficas lámparas de bronce, grandes y dorados espejos, alfombras de Persia: todo lo que puede reunir el lujo por el buen gusto presidido.

No era moda en aquella época hacerse esperar muchas horas, y las bellas, desde temprano, fueron poblando los salones del opulento y noble duque, para ostentar una hermosura realzada por el atavío. Todos los apellidos ilustres de la patria de los Mendozas, de los Girones y Guzmanes se encontraban representados en tan escogida reunion, y el duque de M... se gozaba en tan magnífico espectáculo. Pero á

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810.

pesar de su alegría, cualquier observador atento hubiera encontrado en su rostro alguna señal de inquietud.

Ya estaban poblados los salones cuando se presentaron en ellos juntas Elisa Tellez y Rosa Daoiz. Estas dos hermosas criaturas llamaron la atencion de todos, y recibieron los saludos mas espresivos y galantes.

—¿En dónde nos sentamos, Elisa? preguntó la cándida Rosa.

—En el hueco de aquel balcon: respondió Elisa sonriendo.

—Como quieras: pero me parece que no es el mejor sitio.

—Sí, Rosa. Veremos las gentes que llegan, antes que penetren en la sala, y tendremos menos calor.

Rosa no replicó á su amiga, y se dirigieron al parage que habia indicado Elisa Tellez.

A pocos momentos entró un capitan de artillería, cruzó la sala con despejo, y dirigiéndose á las amigas preguntó á Rosa.

—¿Vendrá Luis?

—Me parece que sí, Velarde.

Una repentina palidez cubrió el semblante de su amiga.

Rosa le preguntó.

—¿Qué tienes?

—Nada; me incomoda el calor.

—¿Quieres que salgamos?

—No, Rosa: será magnífico el sarao y fuera lástima perderlo.

—¿Asistirá por fin Murat? preguntó Velarde friamente.

A la mortal palidez de Elisa se sucedió un vivo encarnado; Rosa respondió.

—No lo sé: pero se tiene por seguro.

—No soy de la misma opinion: y es muy natural que asi suceda. El duque de M. ha dicho á todos que asistirá el lugar teniente pero no ha dicho la respuesta que le dió el gran duque de Berg.

—¿Qué le dijo? preguntó Elisa, poniéndose de nuevo pálida.

—Respondió «que tendria mucho gusto en asistir á este sarao, si le dejaban lugar para ello sus gravísimas ocupaciones;» y estas respuestas, como VV. ven, se asemejan á una negativa.

Iba á preguntar de nuevo Elisa cuando penetró en el salon nuestro conocido Duradin. Sus pequeños ojos brillaban como los de un gato en las tinieblas, y manifestaba la inquietud del hombre que busca alguna cosa con necesidad de encontrarla: mas de repente se animó su desencajado semblante, se dirigió hácia las dos amigas, las saludó galantemente y dando una palmadita á Velarde, le preguntó.

—¿Qué dice mi amigo?

—Hablabamos precisamente del gran duque de Berg.

—¿Del gran duque?

—Pero nada de particular. Preguntaban estas señoras si vendria esta noche al sarao. —

—Eso no tiene duda.

—¿No? Pues yo lo dudaba, y aun lo dudo.

—Y yo le aseguro á V. Velarde, dijo Duradin empinándose y tomando un tono teatral, que antes de una hora estará aqui.

—Me alegraré mucho de verlo.

Duradin saludó á las damas con profundísimo respeto, estrechó la mano á Velarde y desapareció como una flecha. Al tocar la puerta se encontró con Luis Daoiz, que le detuvo preguntándole.

—A dónde vais, Mr. Duradin?

—A un negocio muy importante.

—¿Habeis visto á mi hermana?

—Sí. Ahora acabo de saludarla.

Duradin prosiguió su marcha, y Daoiz cruzó pausadamente el primer salon. Su rostro pálido revelaba su honda tristeza, y sus ojos estaban rodeados por un círculo morado y azul. Iba vestido de paisano, y en su diestra mano llevaba un ramito de lilas secas. Al llegar al segundo salon se quedó parado en el dintel y fijó sus ojos radiantes en el pequeño grupo que forma-

ban las dos amigas y Velarde: Rosa vió á su hermano la primera, y despues de haberlo saludado con una sonrisa cariñosa dijo al capitán de artillería.

—¿Me preguntó V. por mi hermano?

—Cuando entré, señora.

—Allí está.

Elisa y Velarde á un mismo tiempo dirigieron curiosas miradas al salón: la hermosa se puso mas pálida, y Velarde saludó á las damas para convensar con su amigo.

—¿Decidiste por fin venir? preguntó á Daoiz.

—Si, Velarde. Hay escenas que martirizan, que al presenciárlas cruge el pecho y quiere salirse el corazón; pero mas terrible es figurárselas en la soledad y el silencio; verlas pasar en panorama y no tomar en ellas parte.

—¿Vienes decidido, quizás, á dar un escándalo?

—No sé. Hace unos días que mi cabeza no se encuentra enteramente en caja; tengo frecuentes arrebatos y en alguno de ellos...

—¿Daoiz! ¿Y el uniforme que llevamos?

—Por eso he venido esta noche en traje de paisano, amigo.

—¿Es eso razón?

—Hay otra. Dos uniformes se comparan, pero entre una casaca negra y el uniforme mas brillante no hay punto de comparación.



Has hablado con D. Arias Mon y Velarde.

—Hará dos horas.

—¿Qué te ha dicho?

—Que desde la llegada de Escoiquiz el gobierno está mas sometido al influjo del emperador de los franceses.

—Así era de esperar. ¿Y tu tío?

—Mi tío es una rueda sin acción propia en la máquina del gobierno.

—Una rueda de su tamaño debía funcionar, amigo mio.

—Qué quieres. No todos los hombres tienen el valor de un soldado: las circunstancias son muy críticas y muy espinoso dar consejos.

—Tienes razón: yo no sabría dar buenos consejos á nadie; pero el batirme es diferente. Cuando llegue la hora, Velarde, nos batiremos ¿no es verdad?

—Si, Luis; nos batiremos juntos, y quedaremos sobre el campo, ó alcanzaremos la victoria.

—Si oigo á mi corazón, Velarde, nos sucederá lo primero.

—Deja ¡por Dios! esos pronósticos.

—Lo mismo da, lo mismo da.

A corta distancia de Daoiz estaba un grupo aristocrático y al mismo tiempo bullicioso, que rodeaba completamente á su gefe el conde de Montijo. Todos estaban muy contentos y con



dificultad guardaban la compostura que exigía tan séria y escojida reunion.

—¿Qué se miente, conde, que se miente? preguntó á Montijo uno de ellos.

—Que se ha convertido en abezorros todo el ejército francés.

—¡Imposible!

—Mé has preguntado que se miente y te he respondido un embuste.

—¿Pues qué se dice?

—Amigo mio, se dicen cosas estupendas. Cuentan unos que D. Juan Escoiquiz ha pedido á Napoleon que le ceda el trono de la Francia bajo pena de escomunion.

—¡Mentira!

—Tambien dicen otros que nos va á ceder Bonaparte todo el reino de Portugal.

—Eso puede ser.

—Y algunos cuentan que va á dar á cada español un vestido de mameluco.

—Dejate, Montijo, de cuentos y dí la verdad.

—Eso es muy serio y podré decirte pocas cosas. Se dice que los españoles somos los mas tontos del mundo, y que el gobierno que nos rige es mas tonto cincuenta veces que los españoles.

—Montijo, dijo el duque de M... acercándose, las paredes oyen, y aquí estamos muchos.

—Es verdad.

El conde se volvió de pronto y vió á los dos amigos que seguian su conversacion en el dintel. Conocia Montijo á Velarde y encontraba en Luis semejanza con persona que habia visto alguna otra vez. Despues de un minucioso examen encontró en la mano de Daoiz el ramillete de lilas secas, y como este ramito era, segun la espresion del artillero, *la esposicion de un drama sangriento*, dió á conocer al conde el sujeto que por capricho lo llevaba.

Montijo se apartó del grupo y llegándose al duque M... le preguntó:

—¿Vendrá esta noche el gran duque de Berg?

—Sí, conde.

—Me alegraré mucho de verlo.

—¿Quéreis decirme por qué, conde?

—Porque en una reunion de españoles, fieles súbditos, digo aliados del emperador de los franceses, ocupará lugar preferente el estado mayor de Murat.

—Siempre, conde, con el sarcasmo.

—Mis palabras son inocentes; pero las dais doble sentido.

—Sois tan malo.

—¿Y si no viniera el gran duque?

—Nos divertiríamos, conde, sin él. Pero...

En este momento un criado vino á noticiar

al duque de M. que Joaquin Murat y comitiva venian subiendo la escalera. El duque , que no le esperaba por mas que dijere lo contrario, salió del salon aturdido , arrastrando consigo al conde , y logró llegar á la escalera al mismo tiempo que Murat ponía su pie en el corredor.

—Monseñor... murmuró el duque de M....

—He querido , respondió Murat , responder como era debido al grande honor que me habeis hecho.

—Perdonad si....

—Agradezco , duque , vuestras galantes atenciones , y tengo el honor de presentaros á mis compañeros de armas.

El duque de M. echó una mirada , y no pudo contar el número de los oficiales franceses , que eran todos los de la guarnicion de Madrid desde coronel á mariscal. Montijo miraba á Murat con el natural desapego que le inspiraban los franceses, hasta tal punto que el gran duque preguntó al dueño de la casa.

—¿Este caballero es vuestro hermano?

—No , monseñor. Es el noble conde de Montijo.

—Me parece que le he oido nombrar.

—No es estraño , replicó el conde , porque no es título moderno.

El gran duque se mordió los labios y se adelantó hacia el salon , siguiéndole sus gene-

rales : Montijo tuvo que detenerse para desahogar el buen humor que le había producido esta escena.

La noticia de que había llegado Murat , se estendió con gran rapidez por los salones del palacio , y todas los que no le habían visto ó querían mirarle de cerca manifestaban su impaciencia con gestos y con ademanes. Elisa sintió de repente una convulsion tan marcada, que se apercibió de ella Rosa , pero conociendo la causa, no creyó prudente preguntarla y guardó silencio. Pero sus miradas inquietas no se separaban de su hermano que permanecía fijo en el dintel, con horrible serenidad.

Duradin apareció de nuevo , apretó la mano á Velarde , como diciéndole mis noticias eran mas exactas que las vuestras , y fué á colocarse al momento al lado de la hermosa Elisa.

Luis no podía tener celos de un hombre como nuestro amigo Duradin , pero sintió hácia él de repente una profunda antipatia. Daoiz había mirado en otro tiempo al entrometido frances como á un animal cariñoso que entretiene y que no hace daño ; pero en este instante le miraba como á un ponzoñoso reptil , que se arrastra para herir el seno.

Por fin apareció Murat , seguido de sus generales y con el brillante uniforme de los

mariscales del imperio; atravesó el umbral casi rozándose con Daoiz, que le miró con arrogancia, y al adelantarse hacia el parage que ocupaba la duquesa de M... saludó á Elisa afablemente.

—¿Ha observado V., hermosa Elisa, dijo Duradin á su vecina como la saludó el gran duque.

La jóven bajó al suelo los ojos y el francés prosiguió.

—El gran duque es admirador de la belleza, y V. es tan hermosa.

—¡Duradin!

Duradin conoció que habia un testigo muy inmediato é interesado al mismo tiempo y se retiró sin replicar.

Daoiz, indiferente ó resignado, no se separaba del dintel ni contestaba muchas veces á las preguntas de Velarde.

—¿Qué tienes, le preguntó este, que no me respondes?

—Nada, amigo, pero estoy tan encariñado con una idea, que no quiero hablar por no borrarla un solo instante de mi mente.

—Te dejo en meditacion tan profunda, y voy á hablar con una dama.

Velarde se alejó y Daoiz permaneció solo acariciando su pensamiento favorito.

Las señoras murmuraban ya porque no

principiaba el baile , y el duque de M... se llegó á Murat á preguntarle si tenia la bondad de romperle: condescendió al punto el gran duque , pero con asombro de todos , en vez de sacar á la duquesa, como el bien parecer pedia, atravesó todo el salon y presentó su mano á Elisa. La hermosa jóven la aceptó ; pero cuando las puntas de sus dedos se rozaron con las del gran duque sintió un estremecimiento tal que tuvo que buscar apoyo en su pareja , para no caer al suelo desplomada. La música preludió un wals por mandato espreso del gran duque , y el altivo guerrero y la hermosa se lanzaron, muy semejantes al robusto pino y á la yedra que busca arrimo y que se enlaza.

Cada vez que la mano de Murat oprimia un poco la cintura de Elisa , cada vez que el pecho del guerrero tocaba con el de la jóven , se estremecia esta como un dormido á quien despiertan de repente , y los latidos de su pecho los percibia bien el gran duque al traves de los ricos encages y de su bordado uniforme. El lugar-teniente general , contemplaba con embellezo aquella graciosa cabeza , inclinada ligeramente , y tambien su corazon latia al suave impulso de aquella mirada virginal.

Otro corazon , el de Luis , latia tambien , mas sus latidos , hijos del furor y de los celos no eran compasados y blandos , eran rudos y

desiguales como las sacudidas de una ballena en su fatigosa agonía. Su rostro pálido se habia cubierto de manchas verdes y amarillas, y sus ojos brotaban llamas mas ardientes que las centellas lanzadas por la tempestad.

Cuando Elisa fijaba sus ojos en Daoiz, los apartaba en el momento completamente aterrizada; y buscaba en los ojos de Murat las fuerzas que le habian quitado los del capitán de artillería. Murat notaba algunas veces la turbacion de su pareja, pero no conocia la causa, ni sospechaba en aquel momento la presencia de su rival; á quien en vano habia buscado.

Cuando mas agitado Luis estaba anhelando el momento de poner en práctica su idea, sintió una mano sobre su hombro y volviendo al punto la cabeza se encontró con un caballero desconocido para él, aunque recordaba haberlo visto en alguna solemne ocasion.

—Caballero, dijo el recién llegado con afable ademán y voz, quisiera hacerle una pregunta.

—Puede V. preguntarme lo que guste.

—¿V. es un oficial de artillería que en la mañana del 23 de marzo...

—¿Estaba en un café? El mismo soy.

—¿Y piensa V. del mismo modo que pensaba entonces?

—Si señor. Sin mas diferencia que ahora deseo lo que el 23 de marzo temia.



—Su nombre de V. si no me engaño...

—Es Luis Daoiz.

—Yo soy el conde de Montijo.

—V. es.... Pero no puedo detenerme : en otra ocasion hablaremos.

Elisa y el gran duque de Berg habian terminado su wals , y se dirigian hacia el asiento de la jóven : Daoiz se separó de Montijo , se puso delante del lugar-teniente y de Elisa , y presentándola el seco ramillete.

—Recibid , señora , la dijo , este ramo que perdisteis hace ocho dias.

Elisa cojió el ramillete ; pero no pudo sostenerlo y se desprendió de su mano , Luis , lo alzó del suelo y la dijo.

—Esto equivale , hermosa Elisa , á mandarme que lo conserve : y al momento se apartó del grupo. Murat le siguió á corto trecho se aproximó á él , le condujo hacia un lugar algo apartado y le dijo.

—Me ha ofendido V. caballero dos veces y nadie ha ofendido á Joaquin Murat sin recibir pronto escarmiento.

—La primera vez , respondió Daoiz , que ofendí á V. A. le dije mi nombre y apellido.

—Luis Daoiz , lo recuerdo perfectamente.

—El que ofende y dice su nombre indica...

—Que está dispuesto á responder de la ofensa : pero como entre el gran duque de

Berg y un oficial de artillería hay tanta distancia....

—Por eso no hice otra cosa , monseñor.

—¿ Y os habeis propuesto insultarme ?

Daoiz guardó silencio y Murat prosiguió.

—Yo no sufro ultrages y es preciso ponerles término. Conocerá V. mi posicion , que no me permite dar escándalos.

—La conozco.

—Mañana espero á V en mi palacio.

—Gracias , monseñor , hasta mañana.



---

---

## CAPITULO X.

---



### La espada de Francisco I.

No tuvieron que trabajar mucho los consejeros de Fernando para vencer la resistencia que habia presentado el monarca á que se entregase á Murat la espada de Francisco I. La noble llama de entusiasmo y de verdadero patriotismo que ardió en el corazon del rey se fué estinguendo poco á poco con las instancias de Escoiquiz y consejos de los ministros, y no temió dejar un hueco en la armeria; aunque este